

cer poseedor, que deja á los demas abriendo una boca de colosales dimensiones.

Ve aquí ligeramente bosquejada una de las muchas bellezas de la corte. Muy pronto te daré á conocer otras tan apetecibles como esta. Tuyo—*Caralampio*.

*Méjico, 5 de Mayo de 1859.*

No creas Bibiana que lo que te he dicho en mi anterior con relacion á esos tugurios donde se va á dejar la bolsa, el reposo y muchas veces el honor, tienen su asiento solo en la culta, y civilizada Méjico: el buen tono exige que en ciertas temporadas, y con cualquier otro pretexto, se trasladen esos desolladores á Tlalpam, á S. Angel, á Tacubaya, ó cualquiera otro de los puntos de recreo que se pudieran muy bien llamar reales sitios, pues si bien es cierto que no hay rey, ni habiéndolo iria, tambien lo es que hay reinas á puños, y como aquí, ni rige la ley sálica, ni se busca la unidad de gobierno, todas están en el ejercicio de su poder absoluto, y todas van á pasar la estacion ó la simple temporada á uno de esos

referidos sitios, y allí se cuele la corte con todos sus accesorios, y los cortesanos con todos sus adherentes, ni mas ni ménos que un chifon de aire, ó la institucion de guardia nacional que por donde quiera pasan y donde quiera entran.

Como es preciso ponerse en guerra abierta con todos los bolsillos, esos piratas de tierra firme sacan su patente de corso en buena ley, pagando en buena moneda; y asegurados con el privilegio que han comprado, se van á desplumar á todos los que por costumbre inveterada viven sobre una carpeta verde, viendo en el color de ella un símbolo de la esperanza que tienen de echar coche con tan lucrativa profesion. Los piratas no solo se dedican á complacer á sus constantes compañeros, sino que ademas se desviven por cazar á los pichoncitos que empiezan á volar y que por parecer hombres y por empezar á llenar las páginas de su hoja de servicios van á sacrificar lo que pudieron buena ó malamente conseguir para el paseo, dándose muchas veces el caso de que muchos pollos de cuenta traigan el charolado pié y la lustrosa melena á discrecion del polvo del camino por no haberles quedado ni un real para pagar su retorno.

Aun las damas que tanto se enfurecen porque sus padres ó maridos dejan en el juego sus economías ó sus sueldos, caen en la tentacion y toman parte en esa honestísima tarea, siempre por pasar el rato, por dar idea de su filosofía y despreocupacion, y porque el buen tono quiere que en el campo se dejen los hábitos de ciudad y aun de decencia.

Por otra parte: las almas elevadas, las que la naturaleza dotó de un fuego vivísimo, de una exaltacion casi febril, buscan siempre las emociones fuertes, y no pueden sobrellevar la monotonía de una vida pensada en el interior de la casa y entregada á vulgares ocupaciones. ¿Cómo se distinguiría entónces una dama de alto cope-

te de la hija de un artesano, si una y otra habian de estar eternamente cosidas á las labores domésticas? Qué se dejaba entónces para las numerosas criadas? No, señor: una niña educada al gusto del siglo, y lanzada en el torrente de la cultura, puede y sabe tambien en ciertas épocas echar su resto á los bastos y recibir allí las sensaciones fuertes de las ganancias ó pérdidas, y ver con indiferencia pasar de su mano á otra estraña el fruto del trabajo de su padre ó de su esposo, tal vez el alimento de sus hijos. Por fortuna, damas de este temple son pocas y cada día ménos: el sexo femenino de cierta edad, quiere mejor pasar las horas en amorios y bailes, en paseos y convites, dejando para las ancianas que no caben entre ellas, por mas que lo procuran, el ir á saciar sus avaros instintos en los *albures* ó *tresillos*, en los dados ó en las *roulettes*.

Los y las jóvenes en esas circunstancias aprovechan el interregno, la vacante de autoridad, la anarquía consiguiente y.... ¡Dios nos tenga de su mano! Un paseo á las huertas, un baile bajo los árboles, un concierto al aire libre, es el uso que hacen de esa libertad acordada por el deseo de los viejos de ir á buscar dinero, ya que las ilusiones volaron contra su espesa voluntad. Allí en aquellos momentos de expansion, en medio de una vegetacion rica, al compas de los trinos de las aves unidas á los acordes de una música provocadora, con una imaginacion sabe Dios como ¿qué quieres que suceda? Palabras á medias, miradas á hurtadillas, apretones de mano por entero, opresion de cintura en el wals, descuidos intencionales, y tanto, tanto, que es imposible que de aquel volcan no salgan erupciones aun mas peligrosas que las del Vesubio, si bien con distintos objetos.

Los ancianos que conocen todo lo que de allí puede resultar y que por tanto debian ser los primeros en oponerse á esas intimidades, no lo hacen así, porque no obs-

tante medir una larga vida y una buena tirada de experiencia, se dejan vencer por otro camino, el de la ilustración. ¡Cómo habian de querer oponerse á la difusión de la cultura, y de los usos de buena sociedad haciéndose ridículos y acreedores al vergonzoso epíteto de retrógrados? No señor: semejante barbaridad no es con ellos, y á trueque de que se les llame ilustrados y finos dejan á los chicos campar por sus respetos, y solo se contentan con calumniarse de que ellos eran lo mismo en sus abuelos, ó con esclamar “¡qué muchachos tan vivos! cuánta animación de sus almas! cuánto fuego hay en sus venas!”

Y si por accidente [que no son raros] mañana al volver á la corte notan que ha habido novedad, y que la animación fué mas léjos de lo debido, entónces son los gritos y los escándalos, las imprecaciones y los juramentos: cuando todo pudo haberse evitado con ser ménos susceptibles á los deseos de parecer ilustrados. Pero ¡qué remedio? Muy tarde es ya para ponerlo; y si se quiere usar del que aconseja la prudencia y la moral, resultamos con que Carlitos, aunque abunda en deseos de reparar sus faltas juveniles está todavía en la primera edad, no tiene mas renta que el papel y las obleas que escatima en el escritorio ú oficina donde hace cinco años empezó su meritoria carrera, y con buenos deseos y con malos méritos nada se adelanta; porque aunque él tiene esperanzas de suceder á su jefe ó principal, cuandomueva, este lo lleva muy á la larga, y su papá y sus parientes no tienen modo de favorecerlo: Quiérase pues ó no, el mal queda así, y Carlitos estará en espera de otro paseo, de otra frasca en que repetir sus ejemplares proezas, porque maldito si se arredra de seguir el mismo camino cuantas veces pueda, seguro de salir con facilidad del charco en que caiga.

Es verdad que la repetición de esos lances pudiera traer á muchos de esos paseos, ó por lo ménos hacer

las mas cautos con sus familias, pero eso sería renunciar á una de las bellezas mas *remarcables* de la elegancia: sería adquirir hábitos salvajes y merecer la censura de los legítimos cortesanos.

Porque un elegante sin ir á la pascua ó sin tomar parte en esas horas de placer, sería una flor sin aroma, un arroyuelo turbio, un árbol en invierno, y todos huirían de él como de un animal montaraz. Nada: á aumentar el número de los que se divierten, á dar animación á esa bellísimas romerías con que la munificencia de un gobierno sabio y civilizado ha querido enriquecer á los felices pueblos de los alrededores, y que tanto beneficio reportan á su comercio, á su industria, á su vecindario.

Cuando tú vengas á esta felicísima tierra, verás como desde el momento en que tengamos nuestro pasaporte de cortesanos, pocas veces estamos en nuestra casa como lo demanda la educación de nuestros hijos: estos estarán entregados á los pedagogos ó á los ayos; y nosotros, libres como el viento, sin freno alguno, como si fuésemos constitucionistas, sin pensar en el día de mañana, como los drogueros, nos raparémos una vida de placeres que hasta ni ha de ser capaz.

Ya porque el calor de la ciudad nos fatiga, no obstante que siempre lo hemos soportado; ya porque llegó el día de tu santo ó el mio; ya porque Tlalpam nos convida con sus fiestas, ó San Angel con sus placeres, es fuerza que para no degenerar de la raza con que nos hemos ingertado, corramos como á un jubileo, mucho mas, á presentarnos en los elegantes círculos que por allá se forman, dejando nuestra huronera de la ciudad.

Allá estarémos siempre en sociedad; pero como no es tan estensa cual la de la corte, hay lugar á tratar mas

de cerca á los socios, y de conocer mas á fondo el lado fiaco de cada *quisque*, y tener por lo tanto mas campo para los chismes, enredos y murmuraciones civilizadas.

Hasta otra vez.—*Caralampio*.

Méjico, 8 de Mayo de 1859.

Hablemos mi Bibiana un poco de teatros. Hay en esta corte unos ocho de distintos órdenes, se entiende comenzando desde el primero y acabando por el octavo, lo cual quiere decir que ninguno es igual en gerarquía al otro. Para el deseo tan ardiente que han tenido los civilizadores de este país de hacer que los habitantes de él lleguen á ser tan ilustrados, me parece poco el número de teatros, tanto mas cuanto que segun he oido decir á los inteligentes, el teatro sirve mas que los pulpitos, mucho mas que los colegios, infinitamente mas que las escuelas para dar instruccion en moral, en finura y en buenos usos á las gentes. Por manera que los que por ninguna de estas nueve cosas dejarian á sus hijos ir escuchar el cansado sermon de un sencillo cura, si ponen

todos sus cinco sentidos en llevarlos á uno de los ocho teatros para que allí reciban el mejor barniz que pudieran apeteer.

El primero de los teatros, aunque mas moderno que algunos otros, ha sido destinado en la corte para ser la imágen fiel de sus repetidas metamorfosis. A cada vuelta el pobre teatro ha cambiado de nombre, lo mismo que los directores de la política, y puede decirse que á tanto cambiarle nombres ha venido á quedar sin alguno. Su construccion es elegante, magestuosa, á lo ménos si se exceptua el pórtico exterior en el que hubo el mal gusto de dejarlo sin gusto. Me han contado que el arquitecto que lo construyó, mejicano por señas, tuvo la satisfacion de acabar allí su fortuna y quedarse sin que comer. Pero él se tuvo la culpa, porque con solo que se hubiera ido un poco de tiempo á donde gentes no lo conocieran y luego se hubiera venido á Mejico y se hiciera llamar *Mr. Tal*, ya la cosa habria cambiado de aspecto, habria hecho una obra de nombre y habria reunido muy buenos patacones; pero se empeñó en trabajar mejicanamente, y así salió.

El segundo es el mas antiguo de todos, que desde que el anónimo de que te acabo de hablar levantó su frente inmediato á él, fué abandonado de tal manera que en mucho tiempo solamente los gatos y los murciélagos representaban allí sus dramas al escaso brillo de las estrellas ó á los pálidos resplandores de la luna.

Hasta hace poco se pensó en su resurreccion, y fué un milagro que hubieran encontrado sujeto, porque aquí, lo mas, muere de inanicion, se *maxime* si como á este pobre palomar se le niega por tanto tiempo el sustento.

El tercero es de tan reciente fecha que aun no acaba de recibir la última mano, si bien es cierto que aun sin ella hace tiempo que lo hicieron entrar de faccion. Es una coqueta engalanada para ver á sus novios, llena de cascarrilla y de yeso para dar buena idea de su carátula

Los otros cinco son ya de ménos categoría y á proporcion que crece el número crece tambien su insignificancia, hasta venir á dar en uno que pasaria por plaza de gallos en el pueblo mas infeliz; pero eso sí, en él se dedicó una funcion al magnate mas magno que ha tenido la demócracia y fué honrado con lo mas lucido de la familia, por aquello de *similis cum similibus*, ó para hablar en romance, *cada oveja con su pareja*.

Pues bien, grande ó chico un teatro, b<sup>o</sup>nito ó feo, en esta feliz época han logrado todos es ar abiertos y dar al siempre bondadoso, al eternamente indulgente público una porcion de piezas instructivas, eleitables, espirituosas y llenas de un mérito incapaz de pesarse ó de medirse. Todos los domingos y fiestas de guardar, con mas algunos otros dias, veras en cada esquina un cartel de tamaño gigantesco, con letras mas gordas que un buey, unas veces acostadas como elegante á medio dia, otras veces cayendo como francés achispado, otras caprichosamente colocadas para llamar por medio de sus figuras la atencion, lo mimo que las viejas la llaman por sus contorsiones.

En unos te dicen que *la pieza será exornada con todo el aparato que exige su argumento*, en otro que *la empresa sin omitir gasto ni sacrificio por complacer al bondadoso público, dará á la funcion todo el lustre—como si fueran botas—que pida el rumboso aparato de la pieza*. Mas allá te ofrecen un brillante acompañamiento de damas, pajes, soldados y gente ordinaria; y un poco mas adelante se comprometen á exhibirte una lujosa comitiva de caballeros montados en soberbios caballos. Y todo ello queda reducido á que veas sobre las tablas lo que siempre has visto, trages tan antiguos como el teatro, *miles* tan inmóviles como los palcos, damas tan pintadas como los telones, galanes tan mal pergeñados como las baneas, y jacos tan escañalidos como las luces. Por un actor bueno que escuchas, hay diez malos, y por una

dama que en sus abriles luce, encuentras ocho que sus mayos se deslucen. En cuanto á los sacrificios que tanto te encarecen, los ponderan para encarecerte mas la entrada; y hacer que pagues doblemente el pecado de ir allí; primero con el dinero, segundo con el fastidio; si bien en cuanto al que te ocasiona el teatro hay varias causas que lo producen.

Sea la primera la eleccion de las piezas. Estas por lo comun son escogidas por los actores, porque son las que mas han representado, y aunque esa seria razon para saber bien los papeles siempre los dicen como el primer día, quizá para decir que nunca envejecen. Las relaciones que dicen es necesario írselas sacando del cuerpo como varas de cinta; y es de absoluta necesidad oír dos ediciones de la comedia, porque tanto el actor como el apuntador gritan á cual mas y mejor. Poco se cuidan de que sea una obra de gusto la tal comedia, lo que importa es que ellos la medio sepan, á fin de no tener que estudiar. La censura, si es que censura hay, deja pasar unos versos que despedazan las orejas aun de un mercader, y en virtud de que la civilizacion no es quisquillosa, se dan al público unas cosas que pasan de castaño oscuro, y que hacen poner coloradas á las señoras que concurren.

Sea la segunda la compañía de los *cócoras*. Estos son unos avechuchos que las mas veces no pagan su entrada al teatro, sino que usando del privilegio que les da su carácter de calaveras, se van colando impávidos contra las enérgicas protestas del cobrador y de todos los subalternos del teatro; pero como los *cócoras* tienen la mayor gracia para dar una villa al lucero del alva, y para mortificar al mismo diablo, les tiemblan todo; y pasan sin contradiccion. Una vez colocados en el asiento que les plugo asaltar, se consideran como un soberano en su trono, y desde allí dirijen los aplausos y las silbas, segun su soberana voluntad. Forman un

ruido infernal y alborotan el cotarro aun mas que unas *cotorras*: si el actor H. les choca, apénas aparece le silban y le hacen ruido con sus inseparables bastones, por mas bien que desempeñe su papel, hasta que logran hacerlo *rodar*, y ocultar su derrota entre los bastidores mas apartados. Si por el contrario, quieren captarse la benevolencia de la bailarina R, desde el momento que verifica su salida aplauden sin son ni tron y aturden con sus gritos y sus *bravos*. Parecidos á las cigarras, ni un momento estan callados, sino que gritan porque no lo hacen bien los cómicos, gritan por que no lo hacen mal, gritan porque no lo hacen ni mal ni bien y gritan por que esa es toda su ocupacion.

Nada basta á imponerles silencio, ni la urbanidad que les aconseja respeten á las señoras, ni la autoridad que está presente y que lleva su estoicismo hasta abandonarles el campo y dejarlos dueños de su voluntad; ni la contrarrevolucion que se opera en las galerias altas, cansadas de aquella infernal batahola y que á gritos pide la espulsion de los molestos é importunos. Ellos siguen adelante y continuan su propósito de martirizar á los otros. No esperes oír salir de sus bocas un chiste, una agudeza: son *cócoras* es verdad, pero muy adulterados, sin gota de gracia, sin inventiva, sin mas dote que la audacia, sin mas feliz ocurrencia que una truanesca interjeccion; sin mas adorno que la falta absoluta de atencion y de finura. No les pidas que callen, porque una andonada de injurias y desvergüenzas será cuanto consigas. Se llaman *cócoras*, pero no lo son: únicamente se les puede reputar groseros.

Sea la tercera una mala vecindad. Supon que se te ocurre sentarte en luneta. Estas clases de asientos están mas estrechos que conciencia de capuchina, y mas juntas unas bancas de otras que un matrimonio celoso. Por consiguiente, desde que entraste al teatro tienes que embutirte en tu asiento porque por todos lados estás literal-

mente sitiada; y como no tienes genio cortesano temes molestar á tus colindantes ó á los del tránsito; pero eso no impide que durante las tres horas de aquel forzado reposo, pasen por sobre tus rodillas mas individuos, que contribuciones sobre las propiedades; y que durante los entreactos tengas que soportar sobre tu cabeza la voluminosa humanidad de un coronel retirado que cae sobre tí, como disque cayó sobre un enemigo dormido; y que durante la representacion te lleven en las posaderas el compas de una marcha, los que sentados á tu espalda han convertido tu asiento en repiza de sus pies; y que á cuantas horas se les antoje te sofoquen con el humo de sus cigarros, no obstante la prohibicion que cuentan hay de fumar en el teatro; y que las señoras con su incansable abanico te lastimen el tímpano para hacerse notar de sus adoradores; y que cuando curiosamente les fijas la atencion te correspondan con dos pulgadas de lengua, cosa muy comun entre todas las niñas de buen tono.

Sea la cuarta, los y las que buscan aventuras galantes. Porque como si fuera necesario dar á saber el mal de que adolecen unos y otros, en el teatro es donde con mas frecuencia se representan esas comedias, quizá para hacer resaltar mas las que se dan en el proscenio. Una de esas hijas del placer llega á tomar asiento en la parte mas visible, y desde allí procura atraerse las miradas del estudiantillo de Minería ó del practicante de medicina, que ávidos de conquistas acuden al reclamo aun mas presurosos que las codornices; y desde que llegaron á entenderse, ya se figuran que están solos en el mundo, y se cambian palabras, y se dan citas, y se retornan sonrisas y no paran sino hasta que despues de haber fastidiado á los pobres concurrentes salen en buena paz y compañía, cuidándose del *qué dirán* como del gran Kan y sus barbas.

Sea la quinta los officiosos *cicerones*. Estos tienen por officio estarte explicando por qué escribió el galan una

carta que no llegó á su destino; porque el duque de Richelieu va desembarcando de la litera de la Canonessa; porque el acto concluyó en lo mas comprometido del drama; y de qué manera se ha de desenredar la madeja que el autor tejió tan hábilmente; y como si tus orejas fueran de cantera y tu entendimiento de vizcaino, se meten á explicarte lo que ha pasado, lo que sucede, y lo que ha de ocurrir. Con un instructor de esos, entiendo que ya no hay para que esperarse un momento mas en el teatro, puesto que ya todo te lo ha dicho, y maldita la sorpresa que te causen despues los acontecimientos.

Sea la sesta, los aficionados al canto y á la música. Estos, si se trata de ad ópera alguna te la espetan toda entera desde la primera nota hasta el último compas, el cual miden con sendas patadas en el suelo ó con el baston que llevan. Si simplemente se trata de la música con que se cubren los entreactos, la oiras acompañar por ellos con el mayor desenfado, aun cuando los músicos toquen la *Urraca* y ellos el *Perico*, vale que todo es ave y todo es cantar.

Ya ves que con tantas causas de distraccion, bien distraído se puede estar en el teatro; tanto que maldito yo si alguna vez pude dar razon de lo que pasaba en las tablas, por mas que despabilaba los ojos y me hacia todo orejas para pillar algo de la ilustracion que debia producirme aquel lugar. No creas que llevé yo mi ingratitud á culpar á los que tan sabiamente opinan que el teatro es la lima que pule á los toscos hijos del pueblo, no señor: creo que si muchos quedan como yo me quede, se debe atribuir á que todavía estamos muy incapaces de beneficio; pero ya verás luego que con un buen reglamento, que creo ahora no lo hay, se nos den mas sentidos para atender á los *cócoras*, á los actores, á los protectores de Orizaba, á las abaniqueras, á los gordos, á los monitores y á todos esos que van á ejercitar la paciencia de otros, ya verás digo, como entónces sa-

limos del teatro mas civilizados que todos los que hasta la presente se tienen por cultos allá en el otro lado del mar.

Si á esto agregas que la censura nos regale dramas como el *Cárlos II*, zarzuelas como el *Tío Caniyitas*, y canciones como los *Toros del puerto*, creo que entónces ya serán por demas los predicadores para eso de moral, los colegios para eso de instruccion y los preceptores para lo que es cultura y buenas maneras. Entónces sí que con una peseta semanaria habremos adquirido mas lima que las que dan en *Chamacuero* por un real, y nuestra sociedad habré ganano en todas líneas.

Adios *Bibianilla*: ¡cuánto se dilata todavia tu venida!  
*Caralampio*

*Méjico, 11 de Mayo de 1859.*

Así como la civilizacion ha hecho que los teatros sean los sucesores naturales y herederos forzosos de las casas de educacion, así tambien ha querido que el valor y energía de la gente cortesana vaya á estimularse y á desenvolverse en los sangrientos espectáculos que en algunas partes han sido reputados como bárbaros, pero que las luces del siglo van demostrando que no son sino muy cultos, muy instructivos, muy propios para formar el corazon de la juventud, para los sentimientos de piedad, benevolencia, y sobre todo de ternura. Estos espectáculos son las *corridas de toros*, para las cuales en tiempos atras habia un solo sitio consagrado; mas como se vio que la civilizacion marchaba en ferro-carril, se creyó

oportuno aumentar el número de circos en que debían los hombres desafiar á las fieras, siempre para solaz é instruccion de los espectadores, que de todas partes quieren pellizcar algun destello de luz de las muchas que arroja el siglo XIX. Hay pues dos plazas de toros actualmente.

A estos anfiteatros, parodia de los circos de Roma, es á donde concurre la gente á civilizarse ó á completar su civilizacion; porque no solamente se ven en las gradas á los hijos del pueblo, que ávidos de espectáculos sangrientos van á sentir los latidos de sus corazones con los peligros que arrostra el lidiador en presencia de una fiera, y á recrearse en el olor de la sangre que por mil heridas se hace derramar á un pobre animal, no: allí tambien se encuentran las tiernas señoritas de la alta sociedad, y permanecen inmóviles, indiferentes á la vista de un caballo que el toro deotrozó, á la presencia de un hombre que ha dejado sus entrañas en los cuernos de un valiente animal, hostigado por las innumerables saetas con que escitan su furia.

Y las que en un salon se desmayan á la vista de un piquete de aguja; las que conceden favores de grande magnitud á un amante derretido, solo porque cuenta que sin ellos será muy desgraciado; las que sucumben y dan al traste con su orgullo solo á la consideracion de que su adorador podrá darse un *pistoleta*zo, lo cual juro en mi conciencia que solo dos veces he visto, y aun no estoy seguro que esas fueran las verdaderas causas; las que no pueden soportar una calamidad cualquiera, digo, están en la plaza de toros con una entereza que muchos generales envidiarían en los campos de batalla. ¡Cómo conciliar esa sensibilidad esquisita que disque es el lado flaco de las bellas cortesanas, y como flaco el mas atacable, y como tal, el que les causa todas sus derrotas, cómo conciliarlo, repito, con la sangre fria, con el regocijo que ostentan en una corrida de toros, siendo

mayor su contéto cuando las fieras hacen mas esfuerzos para vencer á sus contrarios, y aplaudiendo mas, cuando los peligros que el hombre corre son mas inminentes?

Pero el hecho existe. Yo he visto una *leona* que el dia en que quiso dar á su amartelado de por la mañana un recuerdo de su amor, se trasladó penosamente al invernadero de un jardin para cortar la rosa mas fresca y mas significativa que allí encontrara. Como si fuera un aviso del cielo, encontró una flor aromática, nacarada, bella como el pensamiento de un niño, no cortesano se entiende; pero con la circunstancia de estar defendida por agudas espinas, m-rced á las cuales los escarabajos la habian respetado. Al ir á cortarla, uno de esos centinelas avanzados que la flor habia adquirido de su cuidadosa madre la naturaleza, le dió el *quién vive* á la atrevida leona; esta lo despreció, como desprecia los buenos consejos, y el susodicho centinela mas vigilante que los que saben la ordenanza de memoria, viéndose menospreciado hizo un buen uso de sus armas, y clavó la punta de ellas en el nacarado dedo de la niña. Un grito agudo fué el prólogo de un largo desmayo que privó al afortunado mortal de una prenda, que habria embellecido su coleccion; y la niña á la sola presencia de una gota de sangre, puso en movimiento á su casa y á la agena. Pues bien, esa misma niña va á las corridas de toros con tanto gusto como iria á un concierto donde no hubiera mas que las bellezas de Donizetti, ó las armonias de Meyerbeer.

Parece que la única esplicacion que esto admite es la que muy someramente y de paso te hice conocer en otra de mis anteriores; esto es, que el corazon es uno de los muebles mas inútiles que existen en el gran mundo, y que este exige de sus adeptos que obren segun las circunstancias, prescindiendo del corazon, por cuanto está probado que es el tal dije embarazoso, impide el brillo y

jamás deja conocer la felicidad exterior, que es de lo que se trata muy principalmente. Se deben seguir sin reflexión todas las manías, con tal que sean de la época, siempre que están de moda: por consiguiente se llora con los padecimientos supuestos del héroe de una novela, se ríe con los calaveras aun cuando no haya motivo, y se regocija con los espectáculos bárbaros, aun cuando al corazón se estremezca á la vista de los riesgos, de la sangre y de los cadáveres. Esto pide la elegancia, esto enseña el buen tono, y lo demás es renegar de tan bellísima escuela.

Si las jóvenes hacen todo esto ¿cómo crees que los pollos y sexo barbudo se habían de quedar atrás en tan importantes fiestas? Su sexo, su valor, su aprovechamiento en la escuela de la civilización los empuja aun más allá, los anima á excederse á ellos mismos; y aun cuando los veas que al pasar junto á una vaca de ordeña se alejan presurosos por temor de un accidente; aun cuando los veas temblar como un calenturiento cuando un inofensivo becerro va á lamerles la mano en busca de alguna golosina; en la plaza de toros es diferente: allí los ves palpar de regocijo cuando el animal escarba la tierra y sacude su inteligente cabeza para buscar alguna víctima en quien vengar sus agravios: allí los oyes vituperar á voz en cuello al picador rehacio, que, enseñado por la propia experiencia, no se arroja inconsiderado á una muerte casi segura: allí los encuentras llenos de términos técnicos de la *tauromaquia*, y saben cuando se ha de *capear á partido*, cuando se ha de *estar trasteando*, cuando *está el toro en suerte*, cuando *se ciñe*: dicen si la suerte debe *hacerse al costado*, ó si el *recorte ó galleo* se debe hacer con dos ó más *quiebros*. Si se trata de poner *banderillas* al toro, ellos deciden si fueron al *cuarteo*, si porque el *diestro* citó por detrás al toro se las puso á *media vuelta*, ó si por haber estado de ca-

ra al animal se las endosó *en jurisdicción, á pecho y pié firme*.

Si es tiempo de dar muerte al infeliz hijo de los campos, saben muy bien cuál *pase* fué *regular*, cuál fué *de pecho*, y en todo caso si los *pases de muleta* fueron con la *vista al terreno de adentro ó al de afuera*, si la *estocada* fué á *toro recibido*, ó si se le aplicó á *vuela piés*. En suma, si en aquel terreno los escuchas, crearás que tienes delante á un Pepe-Hillo ó un Cúchares, que no bajan á la liza solo por compasión á los animalitos.

Para que la ilusión sea más completa, los ves que cuando llegan y cuando salen de la plaza van luciendo un *cuaco* de piés delgados, de buena casta y hermoso pelo, y ellos cubiertos de una plateada *pantalonera* más llena de botones y bordados que el uniforme de un consejero: un sombrero más tendido que dama en carretela, una inofensiva *reata* que ellos tienen cuidado de rosar contra algún tronco para decir luego que está así por lo mucho que han lazado toros en el *rodeo* de tal hacienda, ó en los *herraderos* de tal otra, y con estos atavíos, y con ir unas veces á paso muy medido haciendo un sonoro ruido con las espuelas, y otras á galope, aunque asegurados con la hipoteca que les presta la cabeza de la silla, se califican ya de unos acabados *camperanos*, aunque jamás podrán pasar de *caporales de banqueta* ó de *ginetes de estrado*.

¿Ves como en la corte hay mucho bueno en todas líneas? Ves como la civilización y la cultura ha derramado su benéfica influencia hasta en aquello que era propio de la barbarie de la edad media? Pues todavía te diré más, y es que algunos ilustrados y grandes sabios han declarado que la lucha en que se ponen los hombres y las fieras, que el espectáculo aterrador en que por momentos se ve al hombre próximo á dejar la vida entre las astas del toro, que las peripecias de aquel

drama en que muchas veces la sangre suspende su curso en vista de los peligros, es una prueba grande, palpitante, no solo del progreso y de la ilustracion, sino lo que es mas, de la perfeccion de la moral, del aumento de la beneficencia, de las creces de la agricultura, de la mejora de la política y de la mas completa utilidad del Estado. Mas como yo soy un pobre batueco que poco ó nada alcanzo de esas filosofias, creo lo que me dicen, veo lo que me presentan, cuento lo que veo, y suspiro de esperanza porque tantas felicidades como la corte reúne y encierra nos sean comunicadas á nosotros los desterrados hijos de la ignorancia.

Ya se me hace agua la boca porque haya un cambio político que dé por resultado la caida de este gobierno y resucite los congresos, para que si nuestras Batuecas son tan felices que merezcan ser elevadas al rango de residencia de supremos poderes, pueda yo, en virtud de mi accion popular, presentarme un dia á los improvisados padres de la patria y pedirles que nos lleven la ilustracion, y la civilizacion, y la educacion aunque sea en canastas. Que decreten de pronta providencia la inmigracion de las crinolinas y ahuecadores, la de las talmas y capas argelinas, la de los cosméticos y albayaldes, la de los *cache-nez* y *plaid*; que declaren que no solo en la corte se deben disfrutar estos beneficios, sino que la civilizacion, á manera del sol, alumbré á todos; que proclamen que no so o en esta tierra, sino en todas, se siga fielmente la moda y se sacrifiquen á ella todas las costumbres, todos las conveniencias, todas las razones.

Cuando nuestras esposas y nuestras hijas por seguir la moda se presenten como las damas de la corte, con aquello que la naturaleza quiso esconder, á la vista é inspeccion de todo el mundo, como hoy se usa, á favor de las jaulas en que como locas se encierran, habremos dado á

conocer que vamos caminando un poco por la senda de la cultura, y tal vez haya algun caritativo que pida para nosotros una bula al gran sacerdote de la elegancia, por la cual nos declaren capaces de recibir el bautismo social.

Hasta otro dia, mi cordera: miéntas, pídele á Dios que ó vaya á buscarnos la ilustracion ó que nosotros vayamos á toparla.— *Caralampio*.